

Conoce tu fe: Un proyecto en conjunto (1 de 2)

Dr. Justo L. González



Universidad Interamericana de Puerto Rico
11 de agosto de 2016

Conoce tu fe: Un proyecto en conjunto

1 de 2

Muy buenos días. La reunión de esta mañana es parte de toda una serie de programas y eventos que la Universidad Interamericana de Puerto Rico y la Asociación para la Educación Teológica Hispana (AETH) están proyectando y llevando a cabo en el contexto de la conmemoración el año que viene del quinto centenario del comienzo de la Reforma protestante. Algunos de esos programas son proyectos de la Universidad Interamericana. Estoy seguro de que en su momento oportuno el doctor Domínguez les hablará e informará más acerca de tales proyectos. Por su parte, la AETH pronto publicará un libro, tanto en español como en inglés, bajo el título de *Nuestras 95 tesis: A 500 años de la Reforma*, y en las conferencias que seguirán inmediatamente a su asamblea este próximo mes de octubre en Princeton, el tema será precisamente este de la Reforma y su relación con la cultura y experiencias hispanas. Pero este proyecto acerca del cual hablamos hoy es auspiciado conjuntamente por la Universidad Interamericana y por la AETH.

Bien podría decirse que lo que inspira este proyecto son dos experiencias o momentos importantes en la historia de la iglesia, ambos de los cuales tienen particular pertinencia para el

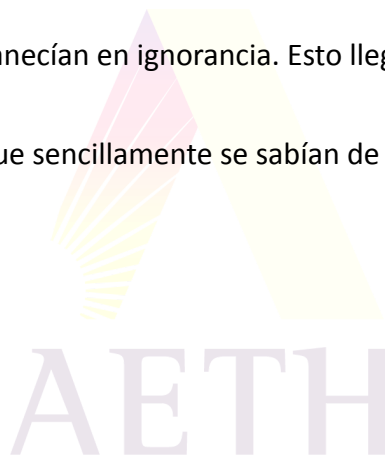
día de hoy.

En primer lugar, como parte de la conmemoración de los inicios de la Reforma, conviene que recordemos un elemento frecuentemente olvidado de esa Reforma. Me refiero a la producción de catecismos y otros materiales cuyo propósito no era la discusión teológica entre intelectuales, sino más bien ayudar al pueblo a entender y practicar mejor su fe. Aunque la catequesis o instrucción del pueblo fue siempre parte de la misión de la iglesia, los catecismos son creación de la Reforma. Posiblemente lo que más se les acerque en tiempos antiguos sean las *Conferencias catequéticas* de Cirilo de Jerusalén, probablemente dictadas en el año 347 como parte de la preparación de los catecúmenos en las semanas previas al Sábado Santo y el Domingo de Resurrección de ese año, cuando serían bautizados.

Pero poco después de los tiempos de Cirilo, según tanto todo el estado como la sociedad y la cultura circundante iban apoyando a la iglesia cada vez más, comenzó a darse por sentado que ya no era necesaria tal preparación para el bautismo, y la práctica catequética se fue perdiendo. Bien podría decirse que la enseñanza de la fe se dejó en manos de la sociedad circundante, con

la expectativa de que la fe se conociera por una especie de ósmosis espiritual.

Lo que por ahora me interesa es que en los días inmediatamente anteriores a la Reforma, aun cuando toda la sociedad era supuestamente cristiana, el desconocimiento de la fe por parte del pueblo era abismal. Había, sí, grandes teólogos en universidades como la de París, la de Oxford y la de Salamanca. Pero estos teólogos escribían principalmente para otros teólogos, mientras el pueblo y el clero mismo permanecían en ignorancia. Esto llegaba a tal extremo que algunos sacerdotes no sabían leer, sino que sencillamente se sabían de memoria el Padrenuestro, el Credo y el canon de la misa.



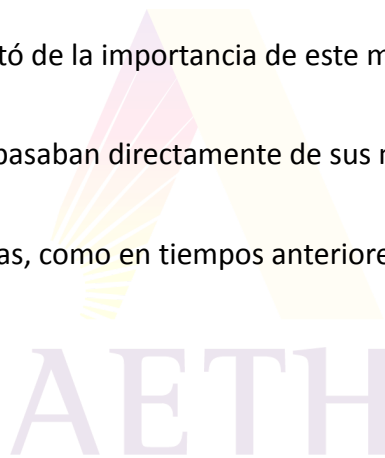
Ya desde bastante tiempo antes de las famosas 95 tesis hubo líderes en la iglesia que se dolían por tal ignorancia entre el pueblo y clamaban por una reforma. Pero por lo general sus clamores caían en oídos sordos.

Todo esto cambió por la conjunción de dos grandes acontecimientos en fechas cercanas. Uno de ellos fue la Reforma protestante. Pero otro de igual importancia fue la invención de la

impresión de tipo móvil. Ahora por primera vez era posible producir centenares de ejemplares de un documento sin tener que copiarlos a mano uno a uno.

Parte del genio de Lutero fue que supo hacer uso de ese nuevo instrumento. En realidad, esto no fue inicialmente idea suya. Como es bien sabido, sus 95 tesis, escritas originalmente en latín, tuvieron enorme impacto porque alguien las tradujo al alemán y las hizo imprimir y distribuir.

Pero bien pronto Lutero se percató de la importancia de este método de dar a conocer sus ideas, de modo que sus escritos pasaban directamente de sus manos a la del impresor, sin tener que pasar por las de copistas, como en tiempos anteriores.



En el año 1529, Lutero publicó, no uno, sino dos catecismos: el *Catecismo menor* y el *Catecismo mayor*. Su propósito era, por una parte, en el menor, proveerles a los niños y a las personas poco instruidas un resumen de la fe; y, por otro, particularmente a través del *Catecismo mayor*, alentar a los padres de familia y a los pastores a enseñarles estas cosas, y darles los instrumentos para hacerlo. Ya para esa fecha, en la ciudad de Basilea, Ecolampadio había publicado un catecismo. En Ginebra, bajo la dirección de Calvino, se publicaron también un

catecismo menor y otro mayor, el primero en 1536, y el segundo en 1541. Todo esto llevó a los católicos a producir también sus catecismos, el primero de los cuales fue obra del jesuita Pedro Canisio en el 1555.

El surgimiento de todos aquellos catecismos durante las primeras décadas de la Reforma no se debía solamente a la invención de la imprenta, que lo hizo posible, sino también a las circunstancias particulares de la época. Como ya he indicado, la ignorancia bíblica y doctrinal era escandalosa. Cuando los reformadores se lanzaron a la inmensa tarea de reformar la iglesia, era necesario que tal reforma no se limitara a los poderosos en las jerarquías tanto política como religiosa, sino que toda la población se hiciera parte de una nueva visión de lo que significaba creer en Jesucristo. Los diversos catecismos eran entonces un modo de fomentar y sostener esa reforma entre las bases. Puesto que la ignorancia del público creyente era tal, los primeros catecismos evangélicos no se limitaban a presentar las posturas de los protestantes sobre temas debatidos, sino que buscaban más bien enraizar a los fieles en una visión global de la fe cristiana, aunque naturalmente desde una perspectiva evangélica. Fue solamente más tarde, cuando las pugnas y desacuerdos entre diversos grupos se fueron haciendo cada vez más

amargos, que los catecismos tomaron el tono polémico y doctrinario que alcanzaron, por ejemplo, entre los puritanos ingleses en el siglo XVII.

Naturalmente, todo esto se hizo posible gracias a la invención de la imprenta, a la producción de papel más económico y al creciente nivel de alfabetización de la población. Por primera vez, los creyentes podían leer la Biblia en su propia casa. Y los primeros catecismos tenían el propósito de guiarles en esa lectura, ya fuera en privado, o ya en el círculo de la familia.

A partir de entonces, el número de los catecismos aumentó, sobre todo según las iglesias evangélicas iban dividiéndose entre sí y cada una de ellas quería instruir a sus fieles acerca de sus propias posturas.

El resultado fue toda una serie de catecismos de carácter estrictamente dogmático y frecuentemente controversial, haciendo ver los errores de todas las personas que no estaban de acuerdo con la tradición y doctrinas particulares del catecismo en cuestión. Todo esto contribuyó a darle mal nombre a la palabra misma “catecismo”, a tal punto que hay muchos

que prefieren no usarla.

Dicho en una palabra, mientras el número de catecismos y otros materiales semejantes aumentó rápidamente, su calidad disminuyó con la misma rapidez.

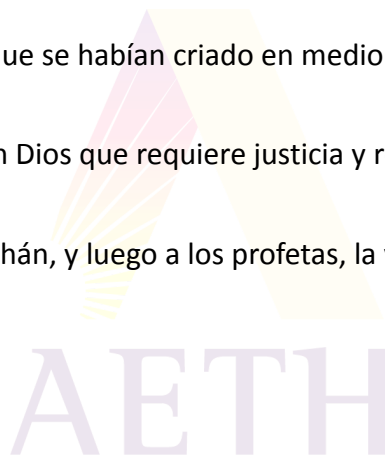
Dije al principio que lo que inspira este proyecto conjunto entre la Universidad Interamericana y la AETH son dos momentos cruciales en la historia de la iglesia que tienen particular pertinencia para nuestra situación hoy. El primero, que acabo de describir, es el modo en que la Reforma protestante fomentó la educación religiosa de los fieles mediante la producción, distribución y empleo de materiales básicos de lectura.

El segundo momento nos lleva bastante más lejos. Se trata de lo que aconteció cuando la iglesia comenzó a abrirse campo entre gentiles que poco o nada sabían de la fe de Israel.

Muchas veces se me pregunta por qué es que, si en el libro de Hechos las personas se bautizan

por millares tan pronto como se convierten, en el día de hoy hay clases de candidatos y otras cosas parecidas.

Ciertamente, en el libro de Hechos se nos cuenta que pronto después del Pentecostés fueron millares las personas bautizadas. Aparentemente, si alguien decidía creer en Jesucristo sencillamente se le bautizaba. Esto se entiende, pues esos primeros conversos eran parte del pueblo de Israel. Eran personas que se habían criado en medio de una fe en un solo Dios creador de todo cuanto existe, un Dios que requiere justicia y rectitud, un Dios que largos siglos antes les había prometido a Abrahán, y luego a los profetas, la venida de un Mesías o Ungido de Dios.



Cuando tales personas confesaban la convicción de que ese Mesías prometido era Jesús – o en otras palabras, que Jesús era el Cristo – de inmediato se les bautizaba.

Más adelante, en el mismo libro de Hechos, vamos encontrando otra categoría de personas, los llamados “temerosos de Dios”. Esa frase aparece repetidamente en el libro de Hechos, y sin

embargo, frecuentemente no la notamos. Los “temerosos de Dios” eran personas de origen gentil que creían en el Dios único de Israel y en los principios morales de la fe de Israel, pero por alguna razón no se hacían judíos – en otras palabras, no pasaban de ser “temerosos de Dios” a ser “prosélitos”. Asistían a la sinagoga, y escuchaban la lectura y exposición de las Escrituras, pero no pertenecían a la sinagoga, sino que se les daba un lugar aparte hasta tanto decidieran hacerse completamente judíos.

Fue entre estos temerosos de Dios que el evangelio primero se abrió camino más allá del judaísmo. Temeroso de Dios era aquel eunuco etíope de quien Hechos nos cuenta. Su fe en el Dios de Israel era tal que había venido desde Etiopía hasta Jerusalén para adorar. Y sin embargo, no podía unirse al pueblo de Israel, porque la ley del Deuteronomio prohibía que un eunuco fuera añadido al pueblo de Dios. Temeroso de Dios era el centurión Cornelio, de quien se nos habla en Hechos 10. No sabemos por qué no se había hecho prosélito judío. Quizá sería porque su condición de centurión no se lo permitía. Pero en todo caso tanto el eunuco como el centurión son bautizados tan pronto como creen en Jesucristo.

Frecuentemente no nos percatamos de la importancia que tienen esos temerosos de Dios en la misión paulina. Casi al principio de su primer viaje, en Antioquía de Pisidia, Pablo pronuncia un discurso en la sinagoga de esa ciudad en el que vemos que se está dirigiendo no solo a los judíos sino también a los temerosos de Dios que han venido a la sinagoga. Así, en Hechos 13.16 Pablo empieza su discurso con las palabras: “Israelitas y los que teméis a Dios, oíd”. Y más adelante, en el versículo 26, vuelve a referirse a su audiencia como “hijos del linaje de Abrahán y los que entre vosotros teméis a Dios”. Frecuentemente leemos esto como si fueran dos maneras de referirse a las mismas personas, pues naturalmente los israelitas eran temerosos de Dios. Pero tal no es el caso. Pablo está en la sinagoga, dirigiéndose a la vez a quienes son israelitas o hijos de Abrahán y a quienes no lo son, pero en cierto modo participan de la misma fe. Estos “temerosos de Dios” asisten al servicio en la sinagoga, donde aprenden más acerca de este Dios en quien han creído y a quien desean obedecer. Posiblemente en algún momento algunos de ellos decidirán hacerse completamente judíos, los varones siendo circuncidados y todos pasando por el rito llamado el “ bautismo de prosélitos”.

Cuando tomamos esto en cuenta entendemos mejor lo que está sucediendo después de ese

discurso. Hechos cuenta: “Cuando salieron ellos de la sinagoga de los judíos, los gentiles les rogaron que el siguiente sábado les hablaran estas cosas”. Estos “gentiles” que obviamente estaban presentes en la sinagoga son esos mismos temerosos de Dios a quienes Pablo se dirige en su discurso. Esto nos ayuda a entender lo que sucedió el siguiente sábado, cuando “se juntó casi toda la ciudad para oír la palabra de Dios. Pero viendo los judíos la muchedumbre, se llenaron de celos”. En otras palabras, lo que ha sucedido es que aparentemente en Antioquía de Pisidia había buen número de gentiles temerosos de Dios, a quienes los judíos consideraban personas de segunda clase en la sinagoga, pero que así y todo asistían a ella. Ahora Pablo viene diciéndoles que no es necesario circuncidarse ni cumplir todos los requisitos de la ley dietética y ceremonial. Indudablemente toda esa población gentil, pero temerosa de Dios, le escuchará con interés y entusiasmo. Esto a su vez despierta el celo de dos judíos, quienes ahora temen que estos gentiles temerosos de Dios, que hasta entonces se encontraban al margen de la sinagoga, se van a posesionar de la herencia de Abrahán.

Es como resultado de ese episodio que Pablo declara “nos volvemos a los gentiles”. No sé si ustedes alguna vez han pensado lo mismo; pero bien recuerdo que cuando por primera vez leí

el libro de Hechos, quedé confundido. Pablo dice que a partir de entonces se va a volver a los gentiles. Pero cuando seguimos leyendo el libro de Hechos, vemos que, aun después de esa decisión, al llegar a cada ciudad Pablo va a la sinagoga, donde muchos aceptan su predicación, pero algunos de los judíos más recalcitrantes le persiguen y le expulsan. Lo que está sucediendo es que el mensaje de Pablo tiene mejor acogida entre los gentiles “temerosos de Dios”, que ahora ven que pueden venir a ser partícipes plenos de las promesas hechas a Abrahán, que entre los hijos de Israel según la carne, a quienes bien podría parecer que Pablo estaba haciendo demasiado fácil eso de venir a ser hijo de Abrahán.

Todo esto cambió radicalmente cuando la iglesia empezó a abrirse paso, no ya entre gentiles temerosos de Dios, sino sencillamente entre gentiles que nada sabían de la fe de Israel. En tales circunstancias, ya no era posible sencillamente bautizar a una persona porque declaraba su fe en Jesucristo. Había que asegurarse también de que entendía que no hay más que un solo Dios, que no tolera dioses ajenos junto a sí, y que requiere ciertas normas de vida. Un judío que aceptaba a Jesús como el Mesías prometido no necesitaba de mucha instrucción antes de ser admitido a la comunidad de la iglesia. Conocedor de las Escrituras, no habría que explicarle que

Dios no tolera dioses ajenos delante de sí, o que Dios es justo a la vez que misericordioso, o que sobre la base de esa justicia y misericordia Dios espera ciertas actitudes y acciones por parte de su pueblo. Por tanto, se le podía bautizar y admitir a la iglesia inmediatamente. Lo mismo era cierto de un “temeroso de Dios” que había estado asistiendo a la sinagoga por algún tiempo, y que procuraba servir al Dios de Israel.

Muy diferente sería el caso de un pagano convertido al cristianismo. En el ambiente de aquella época se esperaba que cualquier persona o familia tuviera varios dioses. Muchos tendrían en su casa un altar dedicado a sus antepasados. La mayoría seguía todavía la religión de esos antepasados. Si se trataba, por ejemplo, de un egipcio, posiblemente todavía guardaría la devoción hacia Isis, Osiris y los demás dioses egipcios. Pero además de eso muy probablemente habría aceptado también algunos de los dioses de sus vecinos. Ese mismo egipcio, si ahora vivía en Atenas, posiblemente participaría de los misterios eleusinos, dedicados al dios Dionisio, dios del vino. Si había formado parte del ejército romano, posiblemente había sido iniciado en los misterios de Mitra, siendo bañado por la sangre de un toro en el rito llamado taurobolio. La religión típica de la época era en realidad una mezcla de varias las opciones religiosas que los

tiempos ofrecían, y entre las cuales cada cual tomaba lo que le parecía o le gustaba. Lo que es más, hay noticias de personas que se dedicaban por así decir a coleccionar religiones, iniciándose en cada culto con que se topaban.

En breve, cuando alguien le hablaba a un habitante promedio del siglo segundo acerca del cristianismo, lo que tal persona escucharía sería una invitación a añadir a Jesucristo al conjunto de dioses que ya tenía, y posiblemente a unirse al conjunto de creyentes en Jesucristo mediante un rito de iniciación semejante al que participaban los seguidores de Mitras. Tal persona no podía ser bautizada hasta tanto no tuviera bien claro que no solo estaba aceptando a Jesucristo, sino que también estaba rechazando a todos los demás dioses.

Esto no era fácil. El culto a los dioses, aun cuando el decidir a qué dioses adorar era cuestión individual, estaba tan compenetrado en la fibra social y económica que abandonar a esos dioses no era un paso fácil. Por ejemplo, la mayor parte de las ocupaciones estaba organizada en gremios. Había gremios de orfebres, de constructores y de carpinteros. Las reuniones de esos gremios eran también actos religiosos en honor del dios patrón del gremio. Luego,

abandonar a ese dios y negarse a participar en los ritos que se le dedicaban podría tener serias repercusiones económicas y sociales. Frecuentemente los amos requerían que sus esclavos les acompañaran en el culto a los antepasados de la familia. Luego, negarse a participar de tal culto sería visto como una clara desobediencia a los deseos del amo. En la familia misma, el paterfamilias esperaba que todos los miembros de la familia le acompañaran también en el culto a los antepasados. Luego, si una mujer se negaba a participar en tal culto esto bien podía llevar a serias dificultades y hasta a la violencia doméstica.

Y si el monoteísmo creaba dificultades, lo mismo era cierto de buena parte de las enseñanzas morales del cristianismo. Para dar un ejemplo, en la tradición romana no se consideraba que un recién nacido era parte de la familia hasta que el paterfamilias lo tomara en brazos. Si por alguna razón el paterfamilias no lo hacía, el recién nacido no era parte de la familia ni tenía derecho alguno. Frecuentemente se le dejaba al intemperie, expuesto a los elementos y a las fieras, o para que alguien lo recogiera y criara como esclavo o esclava. Tal cosa era perfectamente legal. En cuanto al concubinato, no era sólo legal, sino que era hasta cosa esperada entre las clases altas. Los romanos estaban muy preocupados por cuestiones de

herencia y por tanto, en lugar de casarse, los varones jóvenes tomaban concubinas con quienes vivían y de quienes tenían hijos. Cuando llegaba el momento de contraer un matrimonio con el propósito de procrear hijos que fueran herederos legales y miembros de la misma aristocracia, muchas veces las concubinas y sus hijos quedaban abandonados.

El cristianismo no aceptaba nada de esto. Luego, tanto por el monoteísmo como por los principios morales de la fe cristiana, el hacerse cristiano no era cosa fácil. Ahora, cuando se trataba de gentiles provenientes del paganismo, ya no podía hacerse lo que vemos en el libro de Hechos, cuando los judíos y los “temerosos de Dios” que creían en Jesucristo eran bautizados inmediatamente.

Esto le dio origen a lo que hoy llamamos el sistema catequético, que consistía en todo un programa de preparación para el bautismo. Esa preparación no era puramente doctrinal, sino también práctica, pues se le daba a la persona la oportunidad de experimentar lo que se requeriría de ella una vez bautizada.

Cuando una persona, tras escuchar del evangelio de labios de algún vecino o colega, asistía al culto, participaba plenamente de lo que se llamaba el “servicio de la palabra”, y se le despedía antes de pasar al “servicio de la mesa”. Para decirlo en pocas palabras, el servicio de la palabra es el trasfondo de lo que hoy llamamos la alabanza y la predicación, mientras el servicio de la mesa era lo que hoy llamamos comunión. La nueva persona se consideraba “oyente”, y podía permanecer en esa categoría por cuanto tiempo lo deseara. En ese servicio de la palabra, que frecuentemente duraba varias horas y tenía lugar antes de la madrugada del domingo, se oraba y se cantaban himnos, pero sobre todo se estudiaban y exponían las Escrituras. Hay que entender que en una sociedad en la que los únicos libros que existían eran manuscritos difíciles de obtener, y en la que además eran relativamente pocas las personas que sabían leer, el servicio de la palabra era prácticamente la única oportunidad que tenían tanto estos “oyentes” como los demás cristianos de escuchar y estudiar la Palabra de Dios.

Si, pasado algún tiempo, la persona decidía que quería unirse a la iglesia, se le llevaba ante el obispo o pastor, quien le inscribía en una lista oficial de “catecúmenos”. Esa lista era anunciada al resto de la iglesia, que a partir de entonces oraba por esas personas y trataba de instruirles

en la fe cristiana. A los catecúmenos se les asignaban mentores o mentoras que se reunían regularmente con ellos, a veces en grupos, para aprender más acerca de la fe y sobre todo para discutir los obstáculos y dificultades que iban encontrando en el camino según procuraban practicar la vida cristiana. Ese es el trasfondo de los padrinos de hoy.

La persona continuaba entonces como catecúmeno por un espacio de al menos dos años.

Durante ese tiempo se esperaba que fuera haciendo los ajustes necesarios para poder vivir la vida cristiana.

Hacia el final de ese período de preparación, el obispo o pastor se hacía cargo de la instrucción final de los catecúmenos. Esto podía durar varias semanas. De ser posible, se bautizaba a los neófitos el Domingo de Resurrección; o si no, el día de Pentecostés.

Mientras los catecúmenos pasaban por ese período de instrucción final, el resto de la iglesia oraba por ellos. Ese es el trasfondo de nuestra Cuaresma de hoy. Hacia el final de ese período, el obispo o pastor les presentaba todos los candidatos ante la congregación e invitaba a

cualquiera que supiera alguna razón por la cual alguna persona no debía ser bautizada que lo indicase.

Por fin, tarde en la noche del sábado antes del Domingo de Resurrección todos los candidatos al bautismo se reunían en el lugar donde se les iba a bautizar, se les bautizaba con una serie de ritos interesantísimos que no puedo detallar aquí. Basten algunos ejemplos. Había el rito de la renunciación, cuando el neófito se volvía hacia el occidente, símbolo de oscuridad, y proclamaba su rechazo del diablo y del mundo con toda su pompa. Luego se volvía hacia el oriente y decía: “Y te recibo a ti, Jesucristo, sol de justicia”. Al salir de las aguas se le vestía con una túnica blanca en señal de victoria. Se le ungía con aceite, pues esto era lo que se hacía en el antiguo Israel con los reyes y sacerdotes, y ahora el neófito había pasado a formar parte del real sacerdocio de Dios. Cuando por fin se reunían con el resto de la congregación para por primera vez participar de la comunión, también participaban de una serie de ritos que les hacían ver cuán importante era el paso habían tomado, y lo que esto implicaba para el propósito mismo de sus vidas a partir de entonces.

Pero mi tema aquí no es la historia del culto cristiano. Eso bien puede ser tema para otra ocasión o, si les interesa, para conversaciones después de esta conferencia. La razón por la cual menciono todo esto es que me parece que también en este sentido estamos viviendo en condiciones semejantes a las de la iglesia en aquellos tiempos. Cuando los primeros misioneros evangélicos llegaron a nuestras tierras, no venían a lugares donde completamente se desconocía la fe cristiana. Aun antes de escuchar a los misioneros, el pueblo sabía que hay un solo Dios, que ese Dios es trino, que Jesucristo es su Salvador, que la Biblia es la palabra de Dios, que Dios requiere cierto carácter de vida, etc. Quizá nunca habían visto una Biblia; pero así y todo sabían que la Biblia era la palabra de Dios. Quizá llevaban vidas de crasa inmoralidad; pero así y todo conocían los mandamientos de Dios. En otras palabras, eran como aquellos temerosos de Dios a quienes Pablo se dirigió en Antioquía. En tal caso, como en aquellos otros, si alguien se convertía al protestantismo, confesaba su fe en Jesucristo y se comprometía a enmendar su vida, se le bautizaba casi de inmediato.

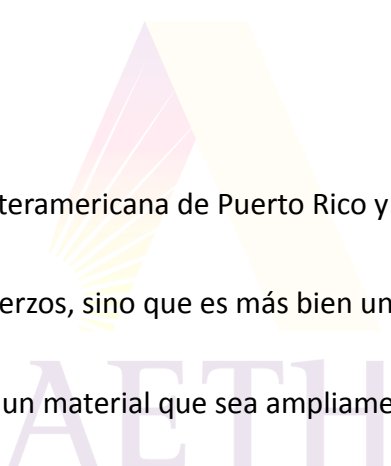
Hoy las cosas van cambiando. La nueva juventud y niñez que se va formando fuera de los círculos eclesiásticos apenas sabe algo acerca de qué es el evangelio. Rara vez ven en televisión

algo que les ayude a conocer siquiera los rudimentos de la fe cristiana. Poco se les dice en la escuela del impacto de esa fe en nuestra cultura – y muchas veces lo que se dice es sólo lo negativo. Se forman en una sociedad en que lo importante es salir yo adelante, y en la que cada vez se habla menos de ese amor al prójimo que es parte esencial de la fe cristiana.

Estos cambios requieren un nuevo énfasis en la formación bíblica y teológica de nuestro pueblo. Repetidamente se habla de un “analfabetismo bíblico” que existe entre nosotros. Pero ese analfabetismo tiene dos vertientes: Por un lado, es el analfabetismo de quien poco sabe. Pero por otro lado, hay también otro analfabetismo menos reconocido pero más común. Este es el analfabetismo de quien sabe mucha Biblia, pero no sabe cómo leerla y vivirla. Es el analfabetismo de quienes imaginan que la Biblia es una especie de rompecabezas que Dios nos ha dado, y que lo que nos hace falta es alguien que descubra la clave secreta de su interpretación. Lo que más frecuentemente hace que nuestro pueblo sea llevado de todo viento de doctrina no es el analfabetismo en el primer sentido, sino en el segundo. Viene alguien y les dice que han sacado cuentas y que saben que el Señor vendrá el 17 de junio del año que viene; o que la bestia es Fulano o Mengano; o que si les dan el diezmo va a conseguir

trabajo. Y nuestro pueblo, carente de verdadero anclaje bíblico, se deja llevar por tales vientos de doctrina.

Varias de nuestras denominaciones han tratado de responder a este reto mejorando notablemente sus programas educativos. Se han desarrollado programas más serios para candidatos, materiales para la escuela bíblica y libros y guías para el estudio bíblico.



El proyecto que la Universidad Interamericana de Puerto Rico y la AETH desean lanzar no pretende competir con tales esfuerzos, sino que es más bien un intento de responder a las condiciones descritas ofreciendo un material que sea ampliamente ecuménico, sin negar ni disminuir la importancia de las distintas tradiciones teológicas y denominacionales. En este primer paso, que puede o no ser seguido por otros, lo que se proyecta es producir un libro serio pero sencillo que pueda servir de complemento a los programas que diversas denominaciones tienen para la preparación de sus miembros, y que al mismo tiempo pueda usarse para enriquecer y profundizar la fe de los fieles. Al tiempo que reconocerá el valor de diversas tradiciones teológicas, el libro tratará de ayudar a quienes lo lean a apreciar también los valores

de otras tradiciones. Por ahora, el título provisional del libro es *Conoce tu fe*.

Este proyecto se lanza como parte de la conmemoración del quinto centenario de la Reforma.

Pero, a la vez que celebramos los grandes logros de ese movimiento, tratemos de corregir la

fragmentación que fue surgiendo a partir de él, y que hasta el día de hoy es uno de los

obstáculos más serios en la misión de la iglesia. La visión que se encuentra tras este proyecto es

el desarrollo de una iglesia cuyos miembros, cada uno afianzado en sus propias tradiciones,

sepan ver y valorar la totalidad de la fe cristiana.

Se trata entonces de algo como aquellos antiguos catecismos de los primeros reformadores,

pero sin dejarnos llevar por el espíritu de contienda y división que pronto surgió.

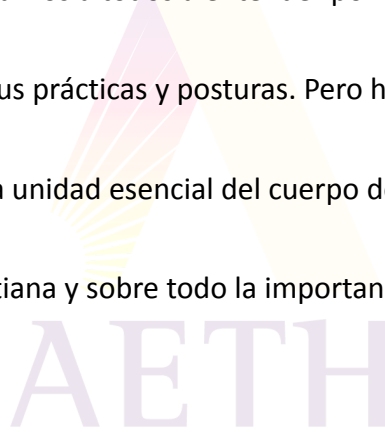
¿Cómo se preparará este libro? Esta es la principal razón por la que les hemos invitado a

ustedes esta mañana. Para que el libro llene las funciones que acabo de señalar, es necesario

que sea producto de la colaboración y participación más amplia que sea posible de todas las

denominaciones. Qué forma pueda tomar esta colaboración, es cuestión que podemos discutir

aquí. Para mí lo más importante es que en la formulación misma del libro las denominaciones y líderes de nuestras iglesias puedan ofrecer sus comentarios y sugerencias. Sobre todo, me parece importante que aquellos puntos en los cuales existen diferencias entre nosotros las diversas partes tengan oportunidad para ver lo que se dice y asegurarse de que sus posturas se expresan adecuadamente y se les da la importancia debida. Por ejemplo, al tratar acerca del bautismo, no es cuestión de decir si se debía hacer de esta o de aquella manera, si se deben bautizar niños o no, sino de ayudarnos a todos a entender por qué cada uno sigue el camino que sigue, y el valor que tienen sus prácticas y posturas. Pero haremos todo lo posible por no dejar que tales puntos eclipsen la unidad esencial del cuerpo de Cristo, las doctrinas tradicionales de la ortodoxia cristiana y sobre todo la importancia de tales doctrinas para la vida del creyente y de la iglesia.



El modo en que estamos imaginando esa colaboración, pero que bien puede ser otro, es que cada vez que el borrador de un capítulo esté listo, les sea enviado a una o dos personas que representen cada una de las tradiciones e iglesias aquí presentes, y se les dé un plazo de unas dos semanas para responder y comentar. Sobre la base de tales respuestas, se producirá un

segundo borrador. Cuando este esté completo, el manuscrito entero les será enviado a las mismas personas para asegurarnos de que tienen oportunidad para expresar cualquier objeción o dificultad.

El libro final llevaría entonces alguna nota señalando qué denominaciones o instituciones han colaborado en él, y se haría una presentación formal del libro con la presencia de representantes de tales denominaciones e instituciones como parte de la celebración del quinto centenario de la Reforma. Por otra parte, al tiempo que este es un proyecto enfocado en Puerto Rico y sus iglesias, esperamos que también podamos verlo como un intento por parte de estas iglesias de ofrecer algo que pueda ser útil en la misión de la iglesia en todo el mundo latino.

El uso que cada denominación, iglesia o líder deseen darle al libro queda completamente abierto. Algunos querrán usarlo como material para la preparación de nuevos miembros, o como material adicional al que ya usan. Otros podrán usarlo en clases de escuela bíblica, retiros, reuniones de jóvenes, programas para la preparación de predicadores laicos, etc.

Naturalmente, eso queda a la discreción de cada cual. Según se vea la necesidad, posiblemente se preparen guías de estudio u otros materiales adicionales. Pero por ahora es demasiado temprano para hacer tales planes.

Lo que queremos hacer en esta ocasión con ustedes es ante todo presentarles el proyecto, luego pedirles sus comentarios y sugerencias para mejorarlo, e invitarles a participar del proyecto mismo.

Ya he hablado bastante, y ahora debemos dedicarnos a lo más importante, que es escuchar las preguntas, dudas, o sugerencias que ustedes tengan.

